

# «El Guardián»

Monseñor Rubén Darío Rivera Sahagún



## 9 - La familia cristiana, el gran escudo que nos defiende.

«El sacramento es un don para la santificación y la salvación de los esposos, porque su recíproca pertenencia es representación real, mediante el signo sacramental, de la misma relación de Cristo con la Iglesia»

Seguimos con el INSTRUCTIVO para vivir como Dios manda en NUESTRA FAMILIA.

La Familia actual tiene tanto en contra como en la parte externa; el diario vivir podrá ser lo que nosotros queramos en nuestra familia y lo mejor será sin duda EL VIVIR BIEN. Esto lo lograremos entendiendo y bebiendo en la fuente; DIOS que a través de la Sagrada Familia nos ofrece los tres modelos a seguir. La encarnación del Verbo en una familia humana, en

Nazaret, conmueve con su novedad la historia del mundo. Necesitamos sumergirnos en el misterio del nacimiento de Jesús, en el Sí de María al anuncio del ángel, cuando germinó la Palabra en su seno; también en el Sí de José, que dio el nombre a Jesús y se hizo cargo de María; en la fiesta de los pastores junto al pesebre, en la adoración de los Magos; en fuga a Egipto, en la que Jesús participa en el dolor de su pueblo exiliado, perseguido y humillado; en la religiosa espera de Zacarías y en la alegría que acompaña el nacimiento de Juan el Bautista, en la promesa cumplida para Simeón y Ana en el templo, en la admiración de los doctores de la ley escuchando la sabiduría de Jesús adolescente. Y luego, penetrar en los treinta largos años donde Jesús se ganaba el pan trabajando con sus manos, susurrando la oración y la tradición creyente de su pueblo y educándose en la fe de sus padres, hasta hacerla fructificar en el misterio del Reino. Este es el misterio de la Navidad y el secreto de Nazaret, lleno de perfume a familia, del cual beben también las familias cristianas para renovar su esperanza y su alegría.

El sacramento del matrimonio no es una convención social, un rito vacío o el mero signo externo de un compromiso. El sacramento es un don para la santificación y la salvación de los esposos, porque “su recíproca pertenencia es representación real, mediante el signo sacramental, de la misma relación de Cristo con la Iglesia. Los esposos son por tanto el recuerdo permanente para la Iglesia de lo que acaeció en la cruz; son el uno para el otro y para los hijos, testigos de la salvación, de la que el sacramento les hace partícipes”.

El matrimonio es en primer lugar una “íntima comunidad conyugal de vida y amor”, que constituye un bien para los mismos esposos, y la sexualidad “está ordenada al amor conyugal del hombre y la mujer”. Por eso, también “los esposos a los que Dios no ha concedido tener hijos pueden llevar una vida conyugal plena de sentido, humana y cristianamente”. No obstante, esta unión está ordenada a la generación “por su propio carácter natural”. El niño que llega “no viene de fuera a añadirse al amor mutuo de los esposos; brota del corazón mismo de ese don recíproco, del que es fruto y cumplimiento”. No aparece como el final de un proceso, sino que está presente desde el inicio del amor como una cara. La mirada puesta en Jesús, nuestra vocación terística esencial que no puede ser negada sin mutilar al mismo amor. Desde el comienzo, el amor rechaza todo impulso de cerrarse en sí mismo, y se abre a una fecundidad que lo prolonga más allá de su propia existencia.

Entonces, ningún acto genital de los esposos puede negar este significado, aunque por diversas razones no siempre pueda de hecho engendrar una nueva vida. El amor en el matrimonio Tomás de Aquino ha explicado que “pertenece más a la caridad querer amar que querer ser amado” y que, de hecho, “las madres, que son las que más aman, buscan más amar que ser amadas”. Por eso, el amor puede ir más allá de la justicia y desbordarse gratis, “sin esperar nada a cambio” (Lc 6,35), hasta llegar al amor más grande, que es “dar la vida” por los demás ( Jn 15,13). ¿Todavía es posible este desprendimiento que permite dar gratis y dar hasta el fin? Seguramente es posible, porque es lo que pide el Evangelio: “Lo que habéis recibido gratis, dadlo gratis” (Mt 10,8).

El Evangelio invita más bien a mirar la viga en el propio ojo (cf. Mt 7,5), y los cristianos no podemos ignorar la constante invitación de la Palabra de Dios a no alimentar la ira: “No te dejes vencer por el mal” (Rm 12,21). “No nos cansemos de hacer el bien” (Ga 6,9). Una cosa es sentir la fuerza de la agresividad que brota y otra es consentirla, dejar que se convierta en una actitud permanente. Por ello, nunca hay que terminar el día sin hacer las paces en la familia. Y, “¿cómo debo hacer las paces? ¿Ponerme de rodillas? ¡No! Sólo un pequeño gesto, algo pequeño, y vuelve la armonía familiar. Basta una caricia, sin palabras. Pero nunca terminar el día en familia sin hacer las paces”. Cuando hemos sido ofendidos o desilusionados, el perdón es posible y deseable, pero nadie dice que sea fácil. La verdad es que “la comunión familiar puede ser conservada y perfeccionada sólo con un gran espíritu de sacrificio. Exige, en efecto, una pronta y generosa disponibilidad de todos y cada uno a la comprensión, a la tolerancia, al perdón, a la reconciliación.

Ninguna familia ignora que el egoísmo, el desacuerdo, las tensiones, los conflictos atacan con violencia y a veces hieren mortalmente la propia comunión: de aquí las múltiples y variadas formas de división en la vida familiar”. El matrimonio es la imagen del amor de Dios por nosotros. También Dios, en efecto, es comunión: las tres Personas del Padre, Hijo y Espíritu Santo viven desde siempre y para siempre en unidad perfecta. Y es precisamente este el misterio del matrimonio: Dios hace de los dos esposos “una sola existencia” Esto tiene consecuencias muy concretas y cotidianas, porque los esposos, “en virtud del sacramento, son investidos de una auténtica

misión, para que puedan hacer visible, a partir de las cosas sencillas, ordinarias, el amor con el que Cristo ama a su Iglesia, que sigue entregando la vida por ella”. A quienes temen que en la educación de las pasiones y de la sexualidad se perjudique la espontaneidad del amor sexuado. Es algo que se conquista, ya que todo ser humano “debe aprender con perseverancia y coherencia lo que es el significado del cuerpo”. La sexualidad no es un recurso para gratificar o entretener, ya que es un lenguaje interpersonal donde el otro es tomado en serio, con su sagrado e inviolable valor. Así, “el corazón humano se hace partícipe, por decirlo así, de otra espontaneidad”.